

Hace unas décadas eran bichos raros, pero hoy se han transformado en un fenómeno común. La postergación de la maternidad, la falta de tiempo y razones económicas explican por qué muchas familias chilenas optan por un solo hijo. ¿Un pequeño dictador?

POR MARÍA PAZ CUEVAS

EL IMPERIO DEL HIJO UNICO





Josefina, junto a sus padres Lía Toledo y Pedro Pablo Retamal. "Hay que ser realista: tener un hijo implica harta plata. Ahora no veo cómo podríamos pagar dos jardines o dos colegios", dice Lía.

de las razones de este fenómeno es la postergación de la maternidad. "En un estudio que hicimos en la Universidad de Chile, determinamos que el promedio de edad en que las mujeres dejan sus métodos anticonceptivos para ser madres es a los 31 años y medio. Ahora las parejas quieren expresar su fecundidad más tarde: primero se dedican al desarrollo profesional y personal. Las mujeres se embarazan, por ejemplo, a los 34. Y para encargar un segundo hijo, se asustan por los riesgos implicados, por el aumento de posibilidades de malformaciones o de que el niño tenga síndrome de Down", dice.

A Lorena le pasó eso: se reencontró con su actual esposo, un ex compañero de colegio, a los 38 años. Se casaron y a los 39 tuvo a Agustín. Durante su embarazo, iba a cada ecografía aterrada. Mientras miraba la pantalla de monitoreo, preguntaba: "¿Está bien? ¿Está todo bien con él?". Ahora Lorena reflexiona: "Me encantaría tener más hijos. Pero uno de los motivos que me detienen es que me da susto tenerlos a esta edad".

Tener hijos sale caro

A Cristián Olivari, el marido de Lorena, que tiene un hijo mayor de una relación anterior, su suegro le dijo apenas nació Agustín: "Piensa que son dos. Si son tres, se haría más difícil pagarles colegio y universidad". Lorena dice: "En realidad: la isapre, la leche, los pañales, el jardín, después el colegio, la matrícula, la cuota de incorporación, un montón de cosas, de repente es mejor darle una buena educación a uno que darle algo de menos calidad a varios".

Esta es la razón que más repiten los padres de hijos únicos para quedarse con uno solo: el tema económico. Un estudio realizado por el economista del Ministerio de Hacienda, Rodrigo Cerda, lo demostró: la educación es, por lejos, el punto más costoso en la crianza de un hijo.

El doctor Pommer recibe sema-

C

uando le preguntaban cuántos hijos quería tener de grande, Lorena Silva (39) contestaba: "¡Muchos!".

Así se soñaba de

adultas: con una gran familia en los almuerzos de domingo. Los niños le gustaban tanto, que Lorena se convirtió en educadora de párvulos. Sin embargo, hoy tiene un solo hijo y será el único: se llama Agustín, de 11 meses, que ahora juega con monitos plásticos sentado en la alfombra de su departamento, mientras su gata Simona brinca de un lado a otro.

Agustín es parte de una tendencia en Chile: entre 1990 y 2006, los hogares con un solo hijo aumentaron en un 54,5 por ciento. Mientras que el Censo de 2002 mostró que la cantidad de hijos por mujer era de 2,3, según la última medición del INE la tasa es de 1,45, casi la misma de los países europeos.

El director de la Sociedad Chilena de Ginecología y Obstetricia, Ricardo Pommer, explica que una

na a semana a parejas a las que no les incomoda la idea de tener un solo hijo por esta misma razón. “Es más cómodo pensar en el bienestar económico de uno solo que de dos o más. Hay parejas que desean tener cierto nivel de vida o quieren mandar a su hijo a un determinado colegio y se dan cuenta que hacerlo con más de uno será muy costoso. Pasa que ahora las parejas conversan sobre el valor que cuesta mantener a un niño. Y ahí los hombres son fundamentales”.

Como hija única, a María José Dittus no le complicaba que su hijo Simón fuera único: ella nunca echó de menos tener hermanos, siempre fue una niña sociable. Sin embargo, a Mario Baeza, su pareja, le pesaba no tener hermanos para Simón. Quería más niños. Uno más, por lo menos. Eso, hasta que empezaron a buscar jardines para Simón cuando él tenía dos años. Se encontraron con matrículas caras, cuotas de incorporación desorbitantes, costos enormes. Entonces, ambos estuvieron de acuerdo. “El factor económico es súper importante, eso te impide proyectarte con más hijos. O te posterga. Hoy queremos estabilizarnos, terminar de pagar nuestra casa. Además ya

volví a trabajar. Recuperé cierta libertad y no sé si estoy dispuesta a cambiarla, a empezar desde cero. Muchas mujeres se postergan por la maternidad y terminan echándoles la culpa a los hijos de sus frustraciones. Yo no quiero hacer eso”, dice María José.

Josefina (2 años y medio) come unos cereales con forma de estrellitas de un vasito plástico mientras sus padres, Lía Toledo y Pedro Pablo Retamal, están en el living de su departamento en Ñuñoa. Aunque la idea de tener más hijos aún no está descartada del todo, por ahora sienten que están bien con Josefina. Si se quedara como hija única, tampoco los aporrea. “Me encantaría tener más hijos. Me gusta ser mamá. No tengo el rollo de postergarme profesionalmente por eso. Pero hay que ser realista: tener un hijo implica harta plata. Ahora no veo cómo podríamos pagar dos jardines o dos colegios”, dice Lía.

Aunque Pedro Pablo también piensa en el tema económico, dice que no se complica tanto por ese punto. Más bien se cuestiona el hecho de no tener mucho tiempo y energía para darle a otro hijo. “Yo soy de la idea de que siempre te las puedes arreglar. Pero el tiempo

que tienes que dedicarle a un niño es hartito. Siempre he sido papá dedicado. Tienes que preocuparte de ella hasta que duerma, ahí empiezas tu vida personal o de pareja. El gasto de tiempo y energía es mucho. Y ahora ya me pasa la cuenta. Tengo 38 y no tengo la misma energía de los 30”.

Ambos trabajan como periodistas, Josefina va al jardín infantil y los dos la ven cuando llegan en la tarde a la casa.

El patroncito y la faraoncita

Durante los dos primeros años de Simón, María José y Mario giraban en torno a él. Estaban enamorados de su hijo único. Si Simón no quería almorzar lo que había en la casa y pedía vienas con papas fritas, María José se las preparaba. Si Simón quería ir a jugar a la plaza las mañanas del fin de semana, María José y Mario se levantaban y lo llevaban. Si Simón quería algún juguete o un dulce mientras paseaban por el supermercado, se lo compraban. Por eso María José y Mario empezaron a referirse a Simón, entre ellos, como El “Patroncito”. “Hacíamos muchas cosas en torno a él, no en torno a lo que nosotros queríamos. Nunca le cumplimos un capricho descabellado, pero él se metía, tenía opinión y su opinión tenía peso”, recuerda María José.

Josefina se porta bien en el jardín. Tiene amigos y comparte sus cosas. Pero es la regalona no sólo de sus papás, sino que también de sus abuelos y tíos. “Es medio ‘faraoncita’ para sus cosas. Es centro de mesa, sabe que no tiene que compartir nuestro amor con nadie. A veces es mañosa con la comida y nosotros, los esclavos, le hacemos lo que quiere. Pero igual la castigamos si se porta mal. Le decimos que sí, porque igual la Josefina se porta bien”, explican sus papás.

Este es uno de los principales estigmas con los que cargan los hijos únicos. Y uno de los principales temores de sus padres: que sea un

pequeño emperador. Consentido. Mandón. Caprichoso. Excesivamente regalón. Algo que no necesariamente viene asociado a ser hijo único, sino al tipo de crianza que le den sus padres. Según la psicóloga infanto juvenil de la Universidad del Desarrollo, Carla Maingón, “cuando hay papás generosos, que permiten que el niño descubra el mundo y socialice, que lo contextualizan en la realidad que vive y que le enseñan que siempre está en relación a otros, ese hijo único va a tener un desarrollo normal, como el de cualquier otro niño. Si una madre es sobreprotectora lo va a ser con uno, dos o tres hijos. Y puede que tenga tres o cuatro ‘tiranitos’ en su casa”.

También hay que ponerles normas y límites claros, dice la psicóloga y terapeuta familiar Susana Muñoz, directora de Serbal, Cen-

tro Desarrollos Sistémicos. “Si dejas a un niño con un poder que no está capacitado para administrar, lo pones en una situación de invisibilidad. Eso significa que el niño no está siendo reconocido en su condición, se le asigna un rol adulto”.

Cuando Simón empezó a hacer pataletas monumentales en supermercados y tiendas cada vez que no le compraban lo que quería, María José decidió ponerse más firme. A decirle que no. A ponerle normas y explicarle a Simón que no podía tener todo. Aunque le costaba un mundo, logró hacerlo. Entonces las rabietas terminaron.

Lía y Pedro Pablo reconocen que consenten a Josefina. “Es por tu propio sentimiento de culpa. Porque estuviste todo el día trabajando y ella en el jardín”, explica Pedro Pablo.

“Una cosa es regalonear y otra es mostrar quién es el adulto: poner límites es la mayor muestra de afecto que le puedes dar a un niño. Sin reglas, no sabe los espacios en los que se puede desenvolver en el mundo”, dice la psicóloga Carla Maingón.

Como parvularia, Lorena había visto a muchos hijos únicos con mañas de hijo único en el jardín donde trabaja. Niños que no querían comer; niños que hablaban como guagua, niños que hacían rabietas, niños que les costaba compartir sus juguetes. No quería eso para Agustín. Así es que apenas nació, con Cristián se pusieron de acuerdo en ciertas cosas de la crianza que querían transmitirle. Decidieron ponerle normas. Decirle cuando hacía algo mal. Retarlo cuando rompía las plantas. Les pidieron a sus respectivos papás lo mismo: “No traten al Agustín como hijo único”. Agustín va al jardín desde los tres meses. Es un niño sociable. Tiene amigos. Presta sus cosas. No llora. No le costó adaptarse a un lugar donde él no era el centro de atención.

A Simón le costó más: cuando María José lo llevaba a un parque, Simón se quedaba sentado a su lado, no quería acercarse a otros niños. Al principio, en el jardín, se

juntaba solo con las tías. Pero ahora tiene amigos, comparte, juega con los demás. Nunca ha preguntado ni ha manifestado querer tener un hermanito. Josefina tampoco. Agustín es muy pequeño, pero a Lorena le incomoda pensar que va a crecer solo. “Sé lo importante que son los hermanos a lo largo de la vida. Eso me hace ruido: que más adelante esté solito”. Lía dice: “Me preocupa que cuando la Josefina sea más grande nos pregunte por qué fuimos egoístas y no le dimos hermanos”.

Sin embargo, la psicóloga Carla Maingón explica que no necesariamente un hijo único se va a sentir solo: “Los niños no tienen el concepto de tener un hermano sin tenerlo. Esa inquietud no surge de manera espontánea en ellos o porque se sientan solos, sino porque es un tema que escuchan del entorno, de sus papás, de lo que la familia les pregunta a sus papás. Y el amigo imaginario no es de exclusividad de los hijos únicos: lo pueden inventar todos los niños, dependiendo de su capacidad creativa”.

El papá de Agustín, Cristián Olivari, dice: “De todas maneras ser hijo único tiene beneficios materiales y espirituales: son niños muy amados, todo el amor de sus abuelos, de nosotros, es para él”.

Desde que va al jardín, Josefina está mucho más independiente. Va al baño y come sola, ha aprendido a vestirse también. Simón también. Su mamá le ha enseñado a colaborar en la casa y él la ayuda a preparar ensaladas y a llevar los platos de la mesa a la cocina después de comer. Aunque es pequeño, Agustín también ha desarrollado bastante su independencia. Hace unos días, cuando sus abuelos paternos fueron a visitarlo, encontraron a Lorena en el living.

-¿Y el Agustín? -le preguntaron.

-Está jugando en su pieza -respondió ella.

Ahí estaba el pequeño de 11 meses: jugando con sus juguetes y su gata Simona, sentado sobre la alfombra. S



CRISTIAN CARVALLO

María José Dittus y su hijo Simón. Le dicen el "Patroncito".

“

Muchas mujeres se postergan por la maternidad y terminan echándoles la culpa a los hijos de sus frustraciones. Yo no quiero hacer eso

”



CRISTIAN CARVALLO

Agustín junto a sus padres
Cristián Olivari y Lorena Silva.
Entre 1990 y 2006, los hogares
con un solo hijo aumentaron en
un 54,5 por ciento.

“

Me encantaría
tener más hijos.
Pero uno de los
motivos que me
detienen es que me
da susto tenerlos a
esta edad

”

